

EL SECRETO
DE MI ESPOSA,

EQUÍVOCO CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

Estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades de Sevilla, en la noche del 13 de Agosto de 1874, en el beneficio del distinguido primer actor cómico D. Antonio Escanero.

Al Liceo Sevillano
El autor

SEVILLA: 1874.
Imp. de Salvador Acuña y Compañía,
Colon 26.

AL DISTINGUIDO ACTOR

D. ANTONIO ESCANERO.

Nada vale mi obrita; usted, con su verdadero talento artístico, con su inimitable gracejo y profunda observacion de la escena, ha sabido crearla, por decirlo así, como ni habia sospechado su autor.

Admita usted, pues, esta dedicatoria que le ofrece de todo corazon su amigo

J. M. G.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.	SRTA. MATILDE GUERRA.
JUAN.	D. ANTONIO ESCANERO.
PEDRO.	» FRANCISCO GOMEZ.
UN AGENTE DE POLICÍA. .	» ANTONIO AGUILAR.
UN EMPLEADO DE CORREO.	» N. N.

La accion es contemporánea.—Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

ACTO ÚNICO.

Gabinete decentemente decorado; dos puertas, una al foro, otra lateral derecha, balcon á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARIA asomada al balcon, á poco JUAN por la puerta del foro.

MARIA. ¡Pobre Juan! ¡cuánto tarda! quizás lo habrán detenido en el correo. ¡Ah! allí viene; ¡qué bueno es! Un mes hace que nos casamos y en ese tiempo no se ha separado un instante de mí. Ya llega. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Que vienes estropeado? pues anda, sube y descansarás. ¡Calla! ¿quién será el caballero que me hace señas desde el balcon de enfrente? Algun tonto que querrá hacerme el amor; pues viene á buena parte; me quitaré de este sitio, no me vea mi marido; el pobre es bastante celoso y pasaria un mal rato.

JUAN. (*Entrando.*) ¡Jesús y cuanto he corrido!

MARIA. Es verdad, vienes sudando.

JUAN. Dispensa, María, que haya tardado tanto, pero créeme, no es mia toda la culpa.

MARIA. Pues ¿de quién?

JUAN. Del oficial de correos que estaba de turno en la ventanilla: en mi vida he hablado con un hombre mas estúpido; casi nada ha faltado para que nos hayamos tirado de los pelos.

MARIA. ¿Reñir tú, que eres inofensivo?...

JUAN. Pues ahí verás; cuando á mí que soy de masapan me ha tentado la paciencia, figúrate....

MARIA. A ver, cuenta.

JUAN. Nada; que ví en las listas del correo una carta á tu nombre, y al reclamarla, el oficial encargado de despacharla, no me la ha querido entregar.

MARIA. ¿Por qué?

JUAN. Porque el nombre de la persona correspondiente en lista al número ciento treinta y cinco es de mujer, y como yo soy varon....

MARIA. Bien, pero tú eres el marido de esa mujer, y como tal su misma persona.

JUAN. Precisamente dije al oficial eso mismo; que yo, en mi calidad de marido, no era yo, sino tú; pero el muy gaznápiro se empeñó en que mientras no le probase que yo era María de los Reyes Gomez no me la entregaria.

MARIA. ¡Qué barbaridad!

JUAN. Figúrate lo difícil que era probar en aquel instante lo que el bruto del empleado pretendia.

MARIA. ¡Ya lo creo! ¿Y te viniste sin la carta?

JUAN. Claro, ¿qué querias que hiciera? como que si no me retiro pronto me manda prender por estafador de nombre, segun me dijo.

MARIA. Desengáñate, hombre, que no sirves para maldita la cosa.

JUAN. ¿Cómo que no sirvo? ¿Por qué?

MARIA. Porque eres un Juan calzones.

JUAN. Pues por ser un Juan calzones me he venido sin la carta; si hubiera sido un Juan enaguas, quizás me la hubiese traido.

MARIA. ¿Es posible?

JUAN. Y tanto, conque si quieres saber lo que la carta dice, ponte la mantillita, y busca de camino al alcalde del barrio para que te acompañe é identifique tu persona, si no te vuelves tambien sin la epístola.

MARIA. Lo veremos.

JUAN. Dalo por visto; el empleado aquel tiene cara de no variar, así se lo mande el jefe del ramo.

MARIA. Juan, creo que esa epístola, como tú le llamas, me trae la felicidad.

JUAN. ¿Volvemos á las andadas? ¿quieres esplicarme de una vez estos misterios?

MARIA. Muy pronto dejarán de serlo para tí, si, como espero, entre esos papeles viene lo que hace tiempo solicito.

JUAN. ¡Demonio! ¿y puedo saber lo que solicitas? ¿Es un destino?

MARIA. Nó.

JUAN. ¿Estás quizás conspirando?

MARIA. Tampoco.

JUAN. Si es eso, dímelo, porque en ese caso conspiraré

á la par tuya, para que nos fusilen á los dos á un tiempo.

MARIA. No, Juan; es un secreto que he jurado no revelar, hasta que esté asegurada la felicidad de una persona.

JUAN. ¿Supongo que esa persona será la que te escribe cartitas que nadie más que tú entiendes?

MARIA. ¿Cómo? ¿has abierto alguna?

JUAN. Todas, y no entendiéndolas, se las llevé á mi amigo D. Ruperto, que es taquígrafo y....

MARIA. Juan, has cometido una imprudencia llevando esas cartas á una persona desconocida.

JUAN. No es desconocido; hace mucho tiempo que es muy amigo mio.

MARIA. Sí, mas.....

JUAN. No te alarmes, porque desgraciadamente D. Ruperto se quedó tambien sin entender una palabra.

MARIA. ¡Ah! Me alegro.

JUAN. Me dijo que no estaban escritas en taquigrafía las cartas, sino en números y garabatos ó signos en combinacion, y que únicamente las dos ó más personas que estuvieran en el secreto, podrian saber lo que las tales cartas contenian.

MARIA. Pues no vuelvas á llevárselas á nadie, Juan, que podrías de ese modo acarrearme muchos disgustos.

JUAN. Pero....

MARIA. No hay pero que valga; si quieres consevar mi cariño, no trates de averiguar nada, pues con esa condicion te casastes conmigo.

JUAN. Es mucha verdad; pero voy comprendiendo que el que te escribe es un hombre, y eso me saca de mis casillas.

MARIA. Y aunque así fuera, ¿qué?

JUAN. ¿Cómo, qué? ¿Crées tú que un marido puede vivir contento sabiendo que su muger recibe cartas de un hombre á quien él no conoce, confeccionadas con números y garabatos para que nadie las entienda? Desengáñate, María; es preciso ser muy tonto para no comprender que ahí se oculta algo grave, capaz de despertar los celos del más paciente marido.

MARIA. Pues á pesar de todo, no tienes razon para sentir esos celos.

JUAN. ¿Que no tengo razon para sentirlos? Tal vez no

la tenga para demostrarlos, pero para sentirlos.... ¿Quién me quita la facultad de sentir? *(Con sentimiento ofendido).*

MARIA. Es verdad; pero me hace mucho daño que pongas en duda mi honradez.

JUAN. ¡No, caramba, eso nunca; ¿Dudar yo de tí? jamás; pero temo la crítica de la sociedad el dia que llegue á enterarse.

MARIA. Los que me conocen, saben que soy incapaz de faltar á mis deberes, y Dios, á quien no se le ocultan mis pensamientos, sabe tambien lo agradecida que te estoy por hàberme sacado de la miseria en que me encontraba y lo mucho que te quiero por tu noble y leal comportamiento.

JUAN. Calla, Mariquita, calla, pues cada vez que me dices, *¡te quiero!* se me crispan todos los nervios. ¡Anda, remonona, terroncito de sal, anda! ponte la mantilla y vé á recojer ese cartapacio por si contiene lo que esperas.

MARIA. *(Colocándose la mantilla.)* Voy á recogerlo.

JUAN. Si, anda, mi vida, anda, que yo me colocaré en el balcon, para verte marchar con esa gracia que Dios te ha dado.

MARIA. ¡Ay, Juan mio! así quiero verte.

JUAN. Así me verás toda la vida. *(Cantando).* «Derretidito de puro amor.» Anda y no vayas muy deprisa que te puedes caer.

MARIA. No temas; al momento estoy de vuelta. *(Váse puerta del foro derecha).*

ESCENA II.

JUAN.

¡Caramba, carambita y cuánto la quiero! un mes escaso hace que me casé con ella, casi de sopeton; tan de sopeton, que no le hablé de novio más que siete dias, una semana; y si no me caso tan pronto creo que.... de seguro que hubiera reventado. ¿Cuándo habia yo de soñar, siendo tan feo, casarme con una muchacha bonita, muy bonita, y que no llega á los veinte años? Porque no me queda duda de que soy muy feo, si señor, muy feo; así me lo han dicho todas las mujeres á quienes he querido hacer el amor, ménos mi Mariquita de mi alma, á esa si que le

he parecido guapo. Cada dia estoy más contento de haberme casado con ella. Y seria del todo feliz si no mediaran esas malditas cartas que de vez en cuando recibe mi mujer. ¿Quién será el autor de ellas y qué secreto será el de mi esposa? Nó! sea el que quiera, en nada ofende á mi honradéz, ni á mi honor de marido, así al ménos me lo ha asegurado mi Mariquita, y yo la creo; sí señor, y debo probarle que la creo, pues con eso le pruebo tambien mi cariño. Voy á asomarme al balcon, que ya habrá bajado las escaleras. *(Mirando por el balcon hácia la calle).* Cierto, allí vá. ¡Adios hermosa! *(con entusiasmo.)* ¡bendito sea tu cuerpo y tus andares! digo, digo, qué movimientos tan garbosos, todo el mundo se para á verla marchar. ¡Ay! vuelve la cara para mirarme y me hace señas con el pañuelo. Sí, aquí estoy, aquí estoy. ¡Toma! *(Tirándole con prontitud un beso).* ¡Cuánto vale mi mujer! no hay otra más salerosa en el mundo. Yá vuelve de nuevo la cara, ¡salero! dá dos pasos y me vuelve á mirar. *(Alto.)* ¡Adios, preciosa!... ¡Demonio! que por mirarme otra vez vá á tropezar con el borrico de un aguador. *(Muy alto y sobresaltado).* ¡No me mires! ¡no me mires! vuelve la cara hácia adelante que vas á tropezar con.... Já, já, yá lo vió, el aguador le arrima un palo al jumento; así, tonta, arrímate á la pared. ¡Ay! ya pasó el peligro. ¡Cómo me late el corazon! Está loca, loquita por mí, y yo loquito por ella. Yá tuerce la esquina...., Adios! ya desapareció. ¡Ay! quisiera tener doble vista para seguir mirándola. ¡Calla! ¿quién será aquel caballero que me hace señas desde el balcon de enfrente? ¿Es á mí?.... ¿Y qué quiere Vd?.... ¿Que le diga el nombre de la señora que hace poco se asomó á este balcon?.... ¿Y á usted qué le importa? *(ap.)* ¿Quién será este cernícalo? *(Alto.)* ¿Eh?... ¿Que cómo se llama? No me da la gana de decírselo... Pues si yo soy un grosero, usted es un estúpido... ¿Eh? ¡Vaya Vd. al infierno. *(Retirándose del balcon.)* ¡Me gusta la ocurrencia! ¡Valiente hombre más tonto! Nada, lo aterré con el tono despótico en que contesté á sus preguntas *(Mirando por el balcon)*. Vamos, yá se retiró del balcon. ¡Cáscaras! si habrá visto

salir á mi esposa y querrá ir en su seguimiento. Hasta ahí podian llegar las bromas. Voy yo tambien á la calle, y como lo encuentre por el mismo camino que ella lleva, se va á encontrar con la horma de sus zapatos. *(Se dirige con prontitud hácia la puerta del foro; al llegar á ella se encuentra con Pedro, que viene entrando).*

ESCENA III.

JUAN y PEDRO.

PEDRO. Servidor de usted.

JUAN. Pase usted adelante.

PEDRO. *(Entrando).* Soy el vecino de enfrente.

JUAN. ¡Yá! ¿el que acaba de hablarme desde su balcon?

PEDRO. Sí señor, el mismo.

JUAN. ¿Y qué trae usted por esta casa?

PEDRO. Hace pocos momentos ví asomada á ese balcon á una señora, y creo haber reconocido en ella á la persona que más amo en este mundo.

JUAN. *(Ap.)* ¡Canario!

PEDRO. Y vengo á que me diga usted su nombre.

JUAN. ¿Tanto le interesa saberlo?

PEDRO. ¡Más que mi vida!

JUAN. *(Ap.)* ¡Zambomba! ¡Quién será este hombre? *(Alto.)* Señor mio, creo que viene usted equivocado.

PEDRO. Por eso trato de saber la verdad. Diga usted, ¿se llama María esa señora?

JUAN. *(Sorprendido.)* Sí señor, pero comprenda usted que hay muchas Marías por el mundo.

PEDRO. Cierto; pero María de los Reyes Gomez no hay más que una.

JUAN. ¡Zapateta, que es la misma!

PEDRO. ¿Conque no me habia equivocado? ¡Gracias Dios mio; al fin la encuentro!

JUAN. ¿Pero usted la buscaba?

PEDRO. Sí señor, con ahinco. Hace una semana que no duermo ni descanso, por descubrir su paradero; en vano he preguntado por ella en su antigua casa de la calle de las Armas.

JUAN. Sí; hace un mes escaso que se mudó á esta otra.

PEDRO. ¡Como no he recibido aviso!

JUAN. ¿Aviso? *(Ap.)* ¡Qué apostamos á que es este el hombre misterioso de las cartas! Veré de descu-

brirlo. (*Alto.*) Diga usted, caballero, ¿hace mucho tiempo que conoce usted á esa señora?

PEDRO. Toda mi vida. Hemos jugado juntos en la infancia.

JUAN. ¡Yá! ¿conque han jugado juntos? Y á qué jugaban ustedes?

PEDRO. A juegos inocentes.

JUAN. ¡Yá!

PEDRO. Llámela usted, y verá la alegría que le causa mi venida.

JUAN. ¿Alegría?

PEDRO. Sí señor, mucha.

JUAN. ¡Ah, sí! no me acordaba de que habian ustedes jugado juntos.

PEDRO. (*Ap.*) Parece tonto este hombre. ¿Quién será? (*Alto.*) Conque si hace usted el favor de avisar á esa señora, se lo agradeceré, porque quiero cuantos antes pagarle lo que le debo.

JUAN. (*Ap.*) ¡Zapateta! (*Alto.*) ¿Que viene usted á pagarle lo que le debe?

PEDRO. Sí señor.

JUAN. Oiga usted, ¿y qué es lo que debe usted á esa señora?

PEDRO. Es un secreto.

JUAN. Secreto, ¿eh? Pues sepa usted, señor mio, que ese secreto no reza conmigo, porque lo sé todo.

PEDRO. ¿Todo?

JUAN. Sí señor, todo. Sé que se ocupa usted en escribir cartas en taquigrafía.

PEDRO. ¿En taquigrafía?

JUAN. Parecido á taquigrafía; pero en realidad son números y garabatos en combinacion....

PEDRO. ¿Y usted ha visto esas cartas?

JUAN. Si señor, todas.

PEDRO. ¿Y ha comprendido su lectura?

JUAN. Diró á usted; no entiendo los garabatos, pero comprendo como si lo viera, lo que quieren decir.

PEDRO. Yá, ¿usted comprende?.... ¡Já, já!

JUAN. (*Ap.*) Y se rie! ¡Se está burlando de mí!

PEDRO. ¿Quién será este ente? ¡Já, já!

JUAN. No se ria usted; cuidado que sé que hay un misterio muy grande entre usted y ella.

PEDRO. Sí que lo hay, y bien gordo.

JUAN. ¿Gordo?

PEDRO. Sí, señor, muy gordo. ¡Já, já! Pero hombre, lo

estoy á usted mirando y no me atrevo á calificarlo ni de tonto, ni de loco....

JUAN. Pues mire usted, de ambas cosas creo que tengo un poquito.

PEDRO. Se conoce por los disparates que está ensaltando.

JUAN. No son disparates, caballero; yo me entiendo!.... y creo que usted tambien me vá comprendiendo.

PEDRO. ¿Yo? ¡Ah, sí! *(Ap.)* ¡Qué rayo de luz! *(Alto)* María me escribió, contándome que tenia un amante que á todo trance queria casarse con ella.

JUAN. ¿Conque le escribió á usted?

PEDRO. Sí, señor, porque siendo yo la persona más autorizada....

JUAN. ¿Autorizada? *(Ap.)* Yá no me queda duda. *(Alto)*. Y usted le aconsejaría que sí, que se casara.

PEDRO. Sí, señor, le dije que lo hiciera cuanto ántes.

JUAN. Claro....

PEDRO. Sobre todo, si era, como me decia, un hombre de bien: porque hoy los hombres honrados....

JUAN. Llámeles usted lilas.

PEDRO. Valen mucho.

JUAN. Cierto; hoy los hombres honrados sirven para muchas cosas.

PEDRO. Conque, venga esa mano, porque voy comprendiendo que es usted el lejítimo esposo de María.

JUAN. Pues ha comprendido usted mal; porque esa señora, permanece soltera.

PEDRO. Soltera! entónces usted.... *(Alarmado)*.

JUAN. Yo soy su... primo.

PEDRO. ¡Mentira! *(Alzando la voz.)*

JUAN. Caballero!

PEDRO. Mentira! *(Amenazándole.)*

JUAN. *(Ap.)* ¡Canario! ¿á que me pega encima, y me sale el embuste por la culata?

PEDRO. Sostengo que es mentira. *(Con furia.)*

JUAN. Bueno, mudemos de conversacion.

PEDRO. No señor, no cambio de conversacion. Yo necesito aclarar este asunto *(Irritado y alto.)*

JUAN. Pero, hombre, no grite usted tanto; modere un poco su furor, que vá á enterarse toda la vecindad.

PEDRO. Tiene usted razon. *(Calmándose.)* Llame usted al momento á esa señora.

JUAN. No puedo, caballero, no puedo, porque.... no está en casa.

PEDRO. ¿Salió?
JUAN. Sí, señor, hace pocos momentos fué á visitar á su madre, que está gravemente enferma.
PEDRO. ¿Otro nuevo embuste? (*furioso.*)
JUAN. (*Ap.*) Y tiene razon; hoy me mata este hombre.
PEDRO. Sepa usted, que la madre de esa señora, murió en mis brazos hace más de doce años. (*Cogiéndolo.*)
JUAN. Es mucha verdad, si señor, que murió no sé en brazos de quién.
PEDRO. En los mios (*fuerte*).
JUAN. Corriente. Mas ahora, al decir su madre, me referia á la de leche, á la mujer que la crió.
PEDRO. Pero hombre, (*calmándose*) ¿por qué cuája usted tantos embustes? No he conocido nunca á esa ama de leche.
JUAN. Diga usted, ¿y usted tiene precision de conocer á todas las amas de cria de Sevilla?
PEDRO. Sí, señor; llame usted al momento á esa señora ó ¡vive Dios!q ue no sabré contenerme. (*Amenaza.*)
JUAN. Le juro que no está en casa, y si pone en duda mis palabras, puede usted pasar á esas habitaciones y....
PEDRO. Ahora lo creo. Ahora sí que me ha dicho usted la verdad. Me marcho.
JUAN. ¿Quiére usted hacerme el favor de decirme su nombre, para cuando venga esa señora?
PEDRO. No lo tengo! (*Muy seco.*)
JUAN. ¿Que no tiene usted nombre?
PEDRO. Más tarde lo sabrá. Le dice usted á María, que una persona que ha emprendido un largo viaje sólo por verla, está esperando que le avisen su llegada, en el balcon de enfrente.
JUAN. Está bien. Diga usted, caballero; ¿y ese largo viaje lo ha hecho usted por mar ó por tierra?
PEDRO. Por ambas partes. (*Bruscamente*). (*Vase por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

JUAN.

¿Y no se ha porniquebrado ese hombre con tantos trenes como descarrilan y tantos barcos como se pierden. ¡Ay, Juan, qué poco afortunado eres hasta en el nombre! ¿Por qué mis padres

elegirian el de Juan para cristianarme, cuando no hay uno que no sea desgraciado? ¡Y tan desgraciado! Porque, le pasa á un hombre un percance de cierta índole.... pues, uno de esos percances tan frecuentes en la sociedad en que vivimos, y pregunta usted cómo se llama el... pues, el de la desgracia, y enseguida le contestan á uno: «¡Cómo ha de llamarse, Juan!» Pero ese Juan se lo dicen á usted riéndose á más no poder en señal de mofa y desprecio. Estoy convencido de que los Juanes no deberian meterse en negocios de ningun género y menos casarse en la vida. Es preciso cortar por lo sano este asunto, antes de que el hombre de los misterios acabe de ajustar la cuenta que tiene pendiente con mi esposa y haga con ella liquidacion completa. Pero, señor, ¿qué será lo que le debe? lo supongo; porque habiendo jugado juntos en la infancia.... Nada, es necesario un medio para alejarla de esta casa, es preciso fraguarle un embuste muy gordo, pero sin que ella comprenda el lazo que le tiendo.... Ya está. Le diré que he visto dos ratas muy grandes y muy gordas dentro de su habitacion, ella teme muchísimo á esos bichitos y....

ESCENA V.

JUAN y MARIA por la puerta del foro.

MARIA. Vuelvo como me fuí.

JUAN. ¿Sin traer la carta?

MARIA. Tampoco; pero conmigo no se ha burlado, porque enseguida fuí á ver al administrador, y enterado de lo que pasaba ha ofrecido que el mismo empleado vendrá á traerme la carta á casa, en castigo de no habérmela entregado cuando debia.

JUAN. Ajá. Eres toda una mujer. (*Con misterio.*) María.... niña.

MARIA. ¿Qué quieres?

JUAN. Nada. Quítate de ese sitio.

MARIA. ¿Por qué?

JUAN. Por nada; quítate, hija mia, no vuelvan á salir.

MARIA. ¿Quién?

JUAN. Nadie. Quítate.

MARIA. ¡Jesús, Juan, que eres capaz con ese tono misterioso de asustar á un escuadron de lanceros!

JUAN. No es flojo el susto que yo he llevado y principalmente porque sé lo que te cargan esos bichos.

MARIA. (*Asustada.*) ¡Jesús! ¿qué bichos son esos?

JUAN. ¡Dos ratas como dos demonios!

MARIA. ¡Qué horror! (*Dirigiéndose hácia el balcon.*)

JUAN. No, no vayas hácia el balcon.

MARIA. Pero ¿dónde estaban?

JUAN. Dentro de tu alcoba.

MARIA. ¡Jesús! (*Mas hácia el balcon.*)

JUAN. Luego salieron aquí.

MARIA. ¿Sí? (*Hácia el balcon.*)

JUAN. Sí, aquí fuera. Pero no te acerques tanto á ese balcon (*sugetándola*).

MARIA. ¿Por qué?

JUAN. Por nada. (*Ap.*) ¡Dios mio, que no la vea ese hombre!

MARIA. ¿Quién me llama?

JUAN. (*Ap.*) Ya la vió. (*Alto.*) Retírate ó me enfado.

MARIA. ¡Esa voz!

JUAN. Si no se oye ninguna.

MARIA. Yo conozco esa voz.

JUAN. ¡Qué habias tú de conocer! Si es un sochantre que vive ahí enfrente.

MARIA. Pero si dice, María.

JUAN. Bien, porque estará ensayando alguna letanía.

MARIA. ¿Eh? ¿Lo has oido? Ha dicho María.

JUAN. No; Santa María; dile tú *ora pro nobis* y quítate de ahí.

MARIA. ¡Ah! ¡es él!

JUAN. (*Ap.*) Se desplomó el mundo.

MARIA. ¡Si es Pedro! ¡Pedro!

JUAN. (*Ap.*) Maldita invencion la de las ratas.

MARIA. ¡Oh! ya no veo á nadie; se ha retirado de su balcon. (*Viniendo hácia Juan.*) Juan, Juan mio: llama corriendo á ese hombre.

JUAN. ¡Zapateta! ¿Que yo lo llame?

MARIA. Sí, Juan; llámalo, que ese hombre nos trae la felicidad.

JUAN. La felicidad. Pero ¿quién demonio es ese hombre?

MARIA. Ya lo sabrás; llámalo.

JUAN. ¡Señora! eso no lo haré yo nunca.

MARIA. Entonces lo llamaré yo. (*Dirigiéndose al balcon.*)

JUAN. ¿Cómo se entiende? le prohibo á usted termi-

nantemente que se asome á ese balcon, y mucho menos que llame usted á ese hombre.

MARIA. Y ¿con qué derecho trata usted de impedir?

JUAN. ¡Caracoles! con ninguno.

ESCENA VI.

DICHOS y PEDRO entrando con precipitacion por la puerta del foro.

PEDRO. (*Entrando y abrazando á María.*) ¡¡María!!

MARIA. (*Abrazando á Pedro.*) ¡¡Pedro!!

JUAN. (*Ap.*) ¡Juan y toda la córte celestial! (*Separando á María y á Pedro.*) Señores, que estoy yo delante.

PEDRO. ¿Y eso qué le hace?

MARIA. Nada.

JUAN. Yá, pues si esta señora dice que no le hace nada, adelante.

PEDRO. Hombre, ni que fuera usted el esposo de María... Un primo no creo que tenga derecho...

JUAN. No señor, ni derecho ni tuerto. (*Ap.*) Tengo la sangre de horchata.

MARIA. Pero te ha dicho que es mi primo?

PEDRO. Sí.

JUAN. (*Ap. á María.*) Como diga usted que soy su marido la ahogo entre mis manos.

MARIA. Já, já. ¡Qué infeliz eres, Juan!

JUAN. ¡Y se rie!

PEDRO. (*Ap. á María.*) ¿María, qué pasa aquí? ¿Quién es ese hombre?

MARIA. (*A Pedro.*) Mi marido.

PEDRO. (*Id.*) ¿Tu legítimo marido?

MARIA. Sí, ¿dudas acaso?

PEDRO. (*Id.*) No, María, no dudo, pero...

MARIA. (*Id.*) Es muy celoso.

PEDRO. (*Id.*) Ahora lo comprendo todo (*alto.*) Já, já.

JUAN. (*Ap.*) Y se rie tambien en mi misma cara (*alto*). Señor mio, señora; hagan ustedes el favor de hablar alto y claro, para que se entere todo el mundo.

PEDRO. Está bien, amigo mio; pero no creo que hay motivo para que usted se incomode en lo que está viendo.

JUAN. ¡Claro! ¡qué ha de haber motivo! (*Ap.*) Pues, señor, soy un Juan lanas, cuando ya no me he atrevido á abofetear á este hombre.

PEDRO. Vaya, tome usted asiento y hablaremos.
JUAN. Muchas gracias.
PEDRO. Como usted guste. ¡Já, já!
MARIA. ¡Pobrecillo, cuánto está pasando!
PEDRO. Le advierto á usted que no tenemos nada que hablar reservado.
JUAN. Ya veo que á ustedes no les gusta reservar nada. (*Ap.*) Yo necesito vengarme y me vengaré.
PEDRO. (*A María.*) ¿Y eres feliz con este hombre?
MARIA. (*A Pedro.*) Mucho. (*Siguen hablando.*)
JUAN. (*Ap.*) Ya estoy vengado: en el piso bajo vive un inspector de policía, y me consta que se pirra por coger á un conspirador; le digo que este es un demagogo furibundo de los que atentan contra la propiedad, y no miento, porque trata de robarme la prenda que más estimo en este mundo. Nada; voy á buscarlo. (*Se dirige al foro.*)
PEDRO. (*Ap. á María.*) ¿Vamos á desengañarle?
MARIA. No, Pedro, que puede comprometernos; dentro de pocos dias quedará arreglado tu asunto de una manera satisfactoria, y entonces...
PEDRO. Como quieras.
JUAN. Ya me las pagareis. ¡Hombre de los misterios, no te escaparás! (*Váse foro*).

ESCENA VII.

MARIA y PEDRO.

MARIA. ¿Cuándo has llegado, Pedro?
PEDRO. Hace siete dias y desde el primero te vengo buscando; pregunté por tí en tu antigua casa y me dijeron que te habias mudado.
MARIA. Cierto; pero te escribí dándote razon de mi nueva vivienda y de mi casamiento.
PEDRO. Pues esa carta no ha venido á mis manos; llegaria á Marsella despues de mi salida.
MARIA. Puede. Pedro, has hecho mal en venir á España sabiendo que han fusilado ya á varios de tus compañeros.
PEDRO. El deseo de verte.
MARIA. Sí, mas ¿y mi esposo?
PEDRO. No está; se habrá marchado.
MARIA. ¡Pobrecillo, está tan celoso!
PEDRO. Dios quiera que con sus celos no vaya á cometer un disparate.

MARIA. Cá, no tiene ánimo para nada.
PEDRO. ¡Cuidado! que esos tímidos cuando se amoscan, son terribles.
MARIA. No temas, porque... *(Siguen hablando.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN y el INSPECTOR de policía á la puerta del foro.

JUAN. Señor inspector, quédese oculto detrás de esta puerta para cazarlo con más seguridad y no salga usted hasta que yo le llame.
INSP. Con...con...venido.
JUAN. Prepare usted bien la pistola y mucho ojo, que es un conspirador de los buenos; ha sido hasta incendiario.
INSP. Pi...pierda usted cu...cuidado que esta ca...ca... captura me vá á va...valer el emp...pleo in... mediato.
JUAN. Me alegro. *(Ap.)* Y á mí me vá á valer lo que yo me sé. *(Alto.)* Conque, prevenido.
INSP. Avise usted, que lo demás cor..corre de mi cu.. cuenta.
JUAN. *(Entrando.)* La daremos de valiente, ahora que tengo guardadas las espaldas. *(Alto)*. ¡Ejem!
PEDRO. Ola, señor primo. ¿A dónde fué usted?
JUAN. ¡A los infiernos!
PEDRO. ¿Y qué ha visto usted allí?
JUAN. Hé visto, que así como hay hombres y mujeres que se turban al cometer una infamia, otros en cambio pierden la vergüenza por completo.
PEDRO. Me agrada la indirecta. Pero tenga entendido que á ser otro el que la hubiera pronunciado, ya no tendria lengua. *(Levantándose.)*
JUAN. ¿Sí? *(Ap.)* ¿Se habrá marchado el inspector?
PEDRO. Sí señor. *(Yendo hácia él.)*
JUAN. Corriente. Mudemos de conversacion.
PEDRO. Como usted quiera. *(Vá á sentarse.)*
MARIA. *(A Pedro.)* ¿Te has convencido de lo que es mi esposo?
PEDRO. *(A María.)* Sí. *(Siguen hablando.)*
JUAN. *(Que se habrá ido acercando á la puerta del foro.)* Señor inspector, ¿está usted ahí?
INSP. Sí se...señor
JUAN. Pues prevenido, que se acerca el momento. *(Vuelve hácia el proscenio.)* Ejem, ejem. Con-

que, señores; hasta aquí ha tenido esa señora un marido muy apropósito; porque sepa usted, caballero, que yo soy el legítimo esposo de doña María.

PEDRO. Ya lo sé.

JUAN. Y que desde este momento quiero que comprenda usted y que comprenda ella, que yo no soy tan apropósito como usted y como ella se habian figurado; ¿lo entiende usted?

PEDRO. Sí señcr; y ¿qué quiere usted decirme con eso?

JUAN. Que dejo de ser *primo* porque es un parentesco que me carga, y me constituyo en marido.

PEDRO. Muy bien hecho; porque de esa manera seremos muy felices los tres.

JUAN. Eso es lo que usted quisiera, ser feliz con ella y conmigo.

PEDRO. A eso aspiro.

JUAN. Ya lo sé; pero le juro que mientras viva sabré sostener con todas mis fuerzas el título de esposo.

PEDRO. ¡Oh! no crea usted que yo pretendo arrebatarle ese título.

JUAN. Sí, ya estoy conociendo que quiere usted ejercer la profesion clandestinamente. Y mire usted, mire usted qué calladita se encuentra la mosquita muerta; parece que no quiebra un plato.

MARIA. ¡Já, já!

PEDRO. Parece lo que es; una buena y honrada señora.

JUAN. Sí, buena; porque no conoce usted de ella más que la superficie.

PEDRO. Y el fondo, tambien conozco el fondo, caballero.

JUAN. ¿Conque conoce usted el fondo? Entre usted, señor inspector. (*Entra el inspector.*) Prenda á ese hombre para que conozca tambien el fondo de un horrendo calabozo.

INSP. De...dese usted pre...preso. (*Le apunta con una pistola.*)

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. ¿Yo preso? ¿Por qué?

INSP. Por co...co...conspirador é in...cendi...diario.

PEDRO. ¡Gran Dios!

MARIA. ¡Jesús! (*Cae con abatimiento sobre una butaca.*)

JUAN. ¡A la cárcel con ese tuno!

PEDRO. (*A Juan.*) ¡Buena infamia ha hecho usted!

JUAN. A la cárcel, á la cárcel.

INSP. Ve...ve...venga usted con...con...migo.
PEDRO. ¿A dónde?
INSP. Si...si...silencio ó dis...pa...pa...paro.
PEDRO. Vamos á donde usted quiera. (*Se dirige al foro, mas al llegar á la puerta vé al empleado de correo que viene entrando y se detiene.*)

ESCENA IX.

DICHOS y el EMPLEADO de correo.

EMPL. ¡Correo!
MARIA. ¡El oficial!
JUAN. ¡El de la ventanilla!
MARIA. Un momento, caballero (*al inspector*).
EMPL. Pido á ustedes mil perdones. Vengo de órden del señor administrador á entregarles este pliego en castigo de no haberlo dado cuando fueron á recojerlo.
MARIA. ¡Oh! sí! Venga, venga! (*Váse el oficial*).
INSP. Va...vamos no...nosotros.
MARIA. Señor inspector, creo que en este pliego viene el perdon de ese caballero.
INSP. Ve...ve...alo us...ted.
MARIA. (*Abriendo el cartapacio y leyendo con prontitud.*) ¡Oh, sí!
PEDRO. ¿De veras?
MARIA. Sí. Tome usted y véalo, señor inspector. (*Dándoselo*).
JUAN. (*Ap.*) ¡Canario! El perdon, el hombre de los misterios, mi mujer, yo; cada vez lo entiendo menos.
INSP. (*Devolviéndole los papeles á María*). Efec...fecti...tivamente; es...está en to...toda regla, con...con el sello del mi...ministerio. (*A Pedro.*) Doy á usted la.,.la enhorabuena, ca...caballero, y espe...pero me dis...dispense, si le he mo...molestado, pe...pero he cum...cumplido mi...mi deber. Adios (*váse*).

ESCENA X Y ÚLTIMA.

MARIA, PEDRO y JUAN.

JUAN. Pero ¿quién es este caballero que así logra lo que quiere.

MARIA. Uno que tambien logrará tu cariño.
JUAN. ¿Mi cariño?
MARIA. Sí, toma y lee. Es... ¡¡mi hermano!!
JUAN. (*Haciendo que lee.*) ¡Dios mio! ¡qué veo! ¡qué iba yo á hacer! ¡tu hermano!
MARIA. El mismo.
JUAN. Como no le conocia y tú me aseguraste que habia muerto en la emigracion...
MARIA. Sí; quise correr la noticia de su muerte, para que la policia dejára de perseguirlo.
JUAN. Y yó, bárbaro, que iba á... Pedro, hermano mio, abrázame y tú tambien, María (*sé abrazan los tres*). ¿Me perdonan ustedes?
PEDRO. (*A un tiempo*). Sí.
MARIA. (*Id.*) Sí.
JUAN. (*Dirigiéndose al público*).

Tras de tantos sinsabores
se descifra la charada;
que era una broma pesada
la del secreto, señores:
pero ya que es bondadosa
tu indulgencia, á que me inmolo,
dá un aplauso, uno tan sólo,
al SECRETO DE MI ESPOSA.

OBRAS ESTRENADAS DEL MISMO AUTOR.

El Ermitaño de la Peña maldita, drama en tres actos.
Crímenes de la ambicion, drama en tres actos.
La curacion por celos, comedia en tres actos.
Pedro el Sordo, juguete cómico en tres actos.
Un consejo a tiempo, comedia en un acto.
Ron y menta, juguete cómico en un acto.
¡¡Lo maté!! juguete cómico en un acto.
¡Quítese usted la ropa! juguete cómico en un acto.
Contra ira, latigazos, juguete cómico en un acto.
De Asistente a Capitan, juguete cómico en un acto.
La Cámara oscura, juguete cómico en un acto.
Angustias de un Procurador, juguete cómico en un acto.
Los Cesantes, juguete cómico en un acto.
El Curandero, juguete cómico en un acto.
El secreto de mi esposa, equívoco cómico en un acto.